

derecha como la mano de la justicia entre los dedos de una estatua real, de las *crepes* de trigo negro, de todo lo que formaba la vida del rincón de tierra abandonado en otro tiempo y siempre querido.

Aquellos patrióticos recuerdos habian sido además recalcados por algunas monedas de veinte francos, brillantes de juventud y cantando sin desafinar la seductora canción del oro. El vigilante dejó que le hablaran y consentió en creer que no es ningún gran crimen el entregar un pedacito de papel cualquiera á un prisionero.

Y de ese modo, Claudio Riviere pudo saber por el mismo Solignac que el hermoso coronel velaba por su amigo y que el comandante tenia por ayuda y sosten, por protector audaz y resuelto, á un soldado que, según las crónicas habladas de aquellos tiempos, nunca halló ingratos, ni entre las hermosas ni entre las victorias.

V

La señorita de la Rigaudie.

El hermoso Solignac no tardó en combinar, como habia prometido, un plan de campaña. Su acostumbrada suerte parecia en verdad favorecerle en este punto como en todos los demás.

El hotel de la Rigaudie estaba situado no lejos de la prision del Temple, y cuando la revolución, cuando la familia real y luego Luis XVI solo permanecieron encerrados en el Temple, la Commune de Paris decidió que un puesto de guardia se estableciera continuamente en aquel hotel para impedir que se sirvieran de él para tener correspondencia con los cautivos.

La hija del último marqués de la Rigaudie que habitaba durante la mayor parte del año en el castillo paterno, junto á la aldea de Solignac, no pudo disimular su descontento cuando al entrar en el hotel que habia adquirido en Paris, halló instalados á los guardias nacionales.

Sus muecas que no se tomaba el trabajo de ocultar, hubiesen podido serle fatales. No lo fueron, sin embargo, y la señorita de la Rigaudie durante sus viajes á Paris, como durante su

estancia en el Limosin, atravesó, sin que le inquietaran en lo más mínimo, los años más terribles. Su valor y su resolución desarmó quizás á los mismos que habrían tratado de amenazarla.

La señorita de la Rigaudie había adquirido el hotel á que había dado su nombre, por el año de 1787, cuando Enrique de Solignac tenía unos siete años, y cuando volvía de París á Solignac nunca dejaba de volver á buscar el niño y echarle un sermón.

—¡Espero que trabajéis bribón! Es preciso que sepais que no habeis nacido para estaros sin hacer nada. Unicamente los nobles tienen ese derecho, y porque usan demasiado de él, perderán cualquier día la partida. Habeis nacido, y eso os lo dirán bastante, cuando tengais más edad, como nacen las setas, por casualidad. El nombre que llevais no es vuestro, es el de una aldea que sirve de refugio á una infinidad de buenas gentes. Razon de más para llevarlo bien. No descendéis de nadie, os han negado antepasados, sedlo vos y sed tronco de hombres valientes y mujeres honradas. Os hablo un lenguaje que ahora no comprendéis, pero es preciso acostumbrarse pronto á reflexionar. Siempre hallareis en mí una amiga llena de adhesión; vuestra madre que era de noble raza y parienta mía, me encargó que vigilara el empleo de la fortuna que os ha legado por medio de mis cuidados. Sois rico y sereis hermoso si Dios os dá vida. El abate de Montagnac os habrá dado lecciones digna de un Rollin ó de un Lhoncoud. Id, caminad por la vía recta y acordaos que los ni-

ños abandonados son nobles de nacimiento, puesto que nada prueba que no hayan nacido de sangre real!

¡Cuántas veces había oido Solignac aquel discurso en boca de la Rigaudie! Los años no le variaban. La inevitable arenga, hasta cierto punto semestral, había concluido por hacer que penetrara en el corazón del joven una ligera melancolía. Observándole bien se podía notar sobre la frente del hermoso Solignac, una arruga profunda, causada sin duda por amargas preocupaciones. Quizás sufría en secreto por llevar, como decía la marquesa, nombre de aldea en vez del de familia, pero hubiera sido imprudente recordárselo cara á cara.

Sin embargo, el coronel no se preocupaba demasiado de esto. Era de los que confiados en su propio valor, se presentan en el mundo con el pecho descubierto y la mirada franca. Las recomendaciones de la señorita de la Rigaudie habían dado fruto. Si el hermoso Solignac se entristecía algunas veces recojiendo sus ideas sobre sí mismo y sobre su nacimiento, era de seguro mucho ménos por ira contra la suerte, que por el sentimiento muy legítimo de no haber conocido á padres á quienes hubiese amado.

La señorita de la Rigaudie enmudecía siempre que se trataba del origen de Solignac, y cada vez que el joven había querido interrogarla sobre su pasado que tanto la interesaba, la hija del marqués respondía con tono breve y que no admitía réplica:

—Ese secreto no es mio. No insistais porque no sabreis nada.

Solignac era, como decia la señorita de la Rigaudie, un niño abandonado. Un hombre enmascarado habia llevado, debajo de su capa, á casa de un tejedor de Solignac á un pequeño ser envuelto en mantillas y lo habia depositado sobre el telar del pobre diablo, cuya mujer acababa de dar á luz y de perder á su recién nacido. Un gran saco de escudos (una verdadera fortuna) acompañaba al recién nacido que gritaba pidiendo vivir.

El niño habia crecido en el Limosin, junto á Marcial Castoret, el hijo del carnicero de Limoges, á quien sus abuelos criaban en Solignac, y desde entonces se dió á aquel hijo del azar el nombre de la aldea en que el desconocido le habia depositado.

De aquel romántico enmascarado nadie volvió á oír hablar. La crónica del país queria que fuera un gran señor parisien, que no pudiendo, por ser casado, reconocer al hijo nacido de alguna aventura, lo habia confiado á los cuidados del tejedor.

Lo que acreditó más profundamente esta version, fué la muerte de una jóven en los alrededores de Bierre-Buffiere, la señorita de Berthamon, la última de su raza, y que desapareció tras una enfermedad lenta y estraña, dejando toda su considerable fortuna á su parienta la señorita Rosa de la Rigaudie.

Asegurábase que la fortuna de los Berthamon habia sido trasmitida al jóven Solignac por la

señorita de la Rigaudie, y quizá el único que ignoraba el origen problemático que se atribuía á su nacimiento, era el mismo Solignac.

Respecto al padre del hermoso coronel, los más curiosos y perspicaces no habian podido adivinar, ni aun siquiera sospechar quién pudiera ser, pues la señorita de Berthamon habia vivido siempre, al parecer, en una completa soledad.

Solignac habia abandonado hacía más de diez años el Limosin, en donde el sacerdote que lo habia educado y las buenas gentes que lo criaron habian muerto sucesivamente. Apenas el militar habia vuelto dos ó tres veces á Solignac, pero en aquellas escapatorias hacía el país natal habia gozado mucho. Cazaba cuando hacía buen tiempo, bajo los castañares llenos de sombra ó por los campos llenos de sol, feliz con respirar el aire de los bosques y sentir que el viento acariciaba sus cabellos, mientras que aguijoneaba su caballo, ó con caminar sobre la fresca yerba mientras que cada racimo color lila de los brezos dejaba caer una gotita sobre sus anchos zapatos.

Luego el campesino de unos dias volviase á Paris y olvidaba los campos. á Solignac, los castañares, la Briance, los juegos con Castoret y las buenas y alegres horas de libertad... ¡Y allá vá, á sablazo limpio, é hincando las espuelas al caballo!

La señorita de la Rigaudie, hacía ya algunos años que no veía á Solignac más que en Paris, en donde se mostraba más cariñosa con él que

en el pueblo. En el Limosin, hubierase dicho que se volvía más fría y gruñona que nunca.

Solignac amaba y conocía bien aquel vasto hotel de la Rigaudie, cuyos jardines parecían la continuación de los del antiguo priorato del Temple. Aún quedan hoy huellas de ellos por el lado de la calle de Bretaña. De modo que, después de la visita de Juan Riviere, lo primero que se le ocurrió al coronel fué decirse:

—¡Vamos, el duque de Otranto nos hace un gran favor con enviar al comandante de prisionero al Temple!

Después de haber visto morir al Delfín en junio de 1793, y de abandonar en diciembre de aquel mismo año la Torre, á la hermana del pequeño Luis XVII, el Temple no habia dejado de ser prision del Estado. El directorio, el consulado y luego el imperio, le habian poblado sucesivamente de enemigos. Los realistas del campo de Grenelle, Jorge Cadoudal, Moreau y luego Toussaint Louverture, habian hallado allí, uno tras otro, su calabozo. El general Pichegru se extranguló en uno de ellos.

En 1809 ya no le quedaban á la Torre más que dos años de existencia. Ya se trataba de derribarla. Todo aquel barrio, que la piqueta iba á renovar, debia tomar pronto una vida y una fisonomía nueva. El mercado del Temple estaba ya en construcción, abríanse calles y desaparecían otras, condenadas como aquella misma torre, que en otro tiempo fué lugar de asilo, y que entónces era lugar de dolor.

El comandante Claudio Riviere fué segura-

mente uno de los últimos prisioneros que halló cerrojos en la antigua morada de los templarios.

Claudio soportó su traslación de la Conserjería al Temple con una alegría grave que trataba de disimular. Seguro ya del apoyo de Solignac le parecía que caminaba hacia la libertad. Le hicieron subir de noche en un carruaje escoltado por gendarmes y atravesar todo Paris. Hasta que llegó al Temple, Claudio esperó que Solignac intentaría algún golpe de mano para arrebatarle á viva fuerza á sus vigilantes, pues su confianza en la audacia del coronel era completa.

Luego pensó:

—Solignac no puede atacar en una calle de Paris á hombres que obedecen á una consigna. El lo conseguirá, pero sin herir á nadie.

El comandante permanecía tranquilo y paciente. Hubiérase dicho que la venganza no era para él sino cuestión de horas. Tenía fe en la energía victoriosa de Solignac, como otros la tienen en el destino ó en Dios.

Solignac se preparaba efectivamente á obrar. Cosa estraña, aquel hombre de acción á quien nada acostumbraba á resistir y que caminaba por la vida, como en el combate, seguía en esta ocasión los impulsos del pobre y pacífico comerciante en paños y la sencilla palabra de Juan Riviere «¡Es preciso hacerle evadir!» era la que habia decidido al coronel á intentar la aventura.

Solignac no ignoraba lo que arriesgaba; pero

un día, el siguiente al en que el escuadrón del comandante Riviere había salvado á los húsares de Solignac, aquellos dos hombres, unidos ya por un afecto inquebrantable y que se debían mutuamente la vida, se juraron no dejarse jamás uno á otro en peligro, aunque la empresa que se necesitase llevar á cabo fuese mortal. En aquellos tiempos de valor heroico, cuyas huellas se encuentran en las *Memorias* de Felipe de Ségur y en los *Recuerdos* del coronel de Gonville, existían esa especie de amistades homéricas que germinaban en las refriegas y las matanzas como flores que brotaran en la sangre.

Los hermanos de armas galos, sujetos por una cadena y semejantes á presidiarios del valor, no estaban más unidos que esos enamorados del peligro y esos fieles á la fe jurada, que no tenían más pacto entre ellos que su palabra y un leal apretón de manos.

Solignac, convencido de que era inútil pedir indulto y temiendo que la justicia se mostrase de repente espeditiva para Riviere, á quien hasta entonces había perdonado con la esperanza de descubrir sus cómplices, decidió aprovechar, para salvar al comandante, los días de descanso que le proporcionaba el armisticio celebrado en el Danubio, entre el emperador Napoleon y el emperador de Austria.

En aquellos momentos nada le preocupaba en Paris, ni pasión, ni capricho. Entregóse, por consiguiente, á aquella lucha contra la ley; deber de rebelde que estaba resuelto á cumplir como una consigna.

—Mi coronel—le decía con acento de cómica credulidad Marcial Castoret, que vagamente en la expresión más seria que de costumbre del hermoso Solignac adivinaba alguna extraña complicación—tened cuidado; nos hemos librado de las balas austriacas, aunque algo increíble, ha sido suerte. No nos divertamos en Paris en afrontar las balas francesas.

El compañerismo de otros tiempos permitía á Marcial aquella familiaridad de consejos. Hasta se había oído algunas veces al húsar, mientras paraba los sablazos destinados á Solignac, decir á su coronel:

—¡Vas ha hacerte matar, ten cuidado!

Nadie se sorprendía de ello en una época en que algunos repulicanos impenitentes, entre los mariscales del imperio, tuteaban de vez en cuando al emperador mismo.

En cuanto á Solignac, trataba á Castoret, no como subordinado, sino como compañero de infancia, y seguía tuteándole como siempre.

—¿Quién te dice que vamos á desafiar las balas francesas?—preguntó al húsar.

Castoret tomó un aire misterioso que no tenía de ordinario.

—Mi coronel, ya sabeis que yo no soy más gallina que otro cualquiera, ¿No es cierto?

—No, al contrario, eres un valiente. El regimiento lo sabe y los croatas lo saben mejor aun.

—Pues bien, coronel, á pesar de lo que decis, tengo mis pequeñas supersticiones. Creo en la mala suerte del viernes, en la sal vertida en la

caza volante que se oye de noche en nuestras campiñas y en los duendes que corren bajo nuestros castaños.

—A tu gusto, Limosin; ¿pero á qué vienes á parar con todo eso?

—A una cosa, mi coronel. A que me han echado las cartas.

—Bien, ¿y qué?

—¡Que las cartas no anuncian nada bueno, mi coronel, ni para vos ni para mí!

—¿Qué me estás contando?—dijo el hermoso Solignac riéndose.—¿Cómo un húsar del 1.º, un Bercheny se divierte en creer brujerías? ¿Quién diablo te ha metido esas cosas en la cabeza?...

—¿Quién? Mi coronel, cada uno tiene sus ideas, ¿no es cierto?... He hallado en París una paisana nuestra; dispensad, una paisana mía, coronel: Catalina Magnac, la pequeña Catissu, la sobrina del cura. Una rubita linda como un amor...

—Comprendo. Sigue.

—¡No! no comprendéis nada, mi coronel. Catissu es juiciosa como una imágen. Está de doncella en casa de una gran señora, y pondría mi mano en el fuego, á que es la joven más honrada que hay en todo París. Catissu es la que me ha indicado las señas de una tiradora de cartas, la que, os aseguro coronel, que lee el porvenir en aquellos pedazos de carton, como vos leéis una carta. La emperatriz Josefina lo sabe bien, porque la señorita Lenormand es su adivinadora favorita.

—¿Has ido á casa de la señorita Lenormand?

—Sí. mi coronel, á la calle de Tournon.

—¿Y qué has solicitado de ella?

—Que me predijera vuestro porvenir y el mio.

—¿Y la Sibila?

—Me ha dicho, mi coronel, las cosas más extraordinarias del mundo. Por el pronto, que vos y yo habíamos nacido el mismo día—eso ya lo sabía,—pero otra cosa peor, mi coronel, escuchadme bien; ha añadido que nuestras dos existencias... (perdonad, mi coronel, pero os juro que lo ha dicho) están ligadas una á otra como por un hilo, tanto, que el día en que os maten, mi coronel, á mi, á Marcial Castoret, vuestro compañero de infancia y vuestro asistente, me matarán también.

—¿Y qué hay en todo eso de tan trágico?—dijo Solignac riendo.—¡Supongo que no temerás la muerte!

—¡Yo, mi coronel, me dejaria machacar por vos, si lo mandáseis! Pero ¿qué queréis? Hay en el mundo cosas ó momentos por los cuales se interesa uno.

—¡Ah! sí, ¿Catissu?...

—¡Catissu ú otra, mi coronel!

—¡Demonio! conservas las tradiciones del primero de húsares. ¡Don Juan!

—No, mi coronel, ¡mil truenos! ¡os juro que no! ¿Las mujeres?... Pues sí, al contrario, es una mujer la que nos amenaza á los dos, mi coronel, puesto que, segun parece, tenemos el mismo astro y la misma buena ventura nos une.

—¿Una mujer?

—Una morena. Las cartas de la señorita Lenormand lo han asegurado.